

OBRA

1

Un pueblo en la bruma

Aún lo recuerdo, como si estuviera viéndolo ante mí, firme y cubierto por esa eterna bruma que lo hacía tan peculiar y escalofriante.

Lo llamaban Catena. El pueblo donde nací, y donde se perdían mis ancestros entre las páginas de la historia, uno de esos lugares de ensueño que, sin embargo, escondía un terrible secreto.

Catena era un pequeño pueblo de la Sierra de Jaén. Me acuerdo perfectamente de mi casa, que estaba situada en una calle larga y estrecha. Lo primero que veía cuando abría la puerta era espectacular; una inmensa montaña llena de pinos de un verde que hacía daño a la vista, y cuando pisabas la calle te llegaba ese olor a montaña, a bosque, tan característico.

Una callejuela conducía directamente al monte. Recuerdo cómo de pequeño me encantaba subir andando, a oler a campo, a pino, a naturaleza, mirando al cielo, un cielo inmenso, profundo, azul, sin nubes, y sintiendo los rayos del sol atravesando cada centímetro de mi piel, entrando y calentando mi cuerpo, llenándome de cada brizna de ese aire puro, limpio y fresco que inundaba mis pulmones.

Pero, a pesar de cómo lo veían mis recuerdos de la infancia, lo cierto es que Catena estaba tocado por la huella del dolor. Era un pueblo maldito marcado por la muerte y la sangre.

Desde tiempos inmemoriales, la guerra había rasgado de par en par la suerte y el destino de sus habitantes, sumiéndolo en un constante lamento de sufrimiento; desde las luchas de la reconquista como pueblo de frontera, las expulsiones y masacres de judíos, moriscos, y gitanos, la hambruna endémica del aislamiento, la invasión francesa que casi redujo a polvo y cenizas aquel lugar, las guerras del siglo XIX que vieron cruzar partidas guerrilleras por la zona, y el bandolerismo, más vulgar y criminal, que azotaba sus caminos y senderos.

Lo peor, sin embargo, vino con la guerra civil. Era 1940. La guerra había sido dura, y la posguerra lo sería aún más. El lugar se había tragado cientos de almas y se había tornado en un cementerio en vida.

Catena no había sido campo de batalla, pero muchos de sus más jóvenes habían ido a luchar y morir cruel e innecesariamente en los frentes de guerra de la zona. Imbuidos en el idealismo de la juventud y en la tormenta de sentimientos de euforia contrapuestos con la prudencia y el temor de los más veteranos, cuyos ojos habían sido testigos de guerras de otros tiempos, el pueblo quedó asolado en apenas 3 años, y el que había sido antaño un lugar de alegría y juventud, se llenaba ahora de ojos tristes, trajes enlutados y tumbas vacías con nombres que nadie se atrevía a pronunciar.

A la tragedia propia de toda guerra, se había sumado una dura campaña de represión feroz por parte de los vencedores que, aunque sin el ahínco de otros lugares, pasarían a ajustar las cuentas pendientes, y el pequeño calabozo del pueblo se llenaría de vidas lúgubres y apagadas, como la mirada de su gente.

Era un pueblo condenado a no entenderse, a vivir constantemente sumergido en el recuerdo de los muertos, entre la sombra, y un necesario valor.

Porque el valor, sin duda, era algo que caracterizaba a los habitantes de Catena. A pesar de lo que yo, en mi mente infantil, concebía como un oasis de naturaleza, escondía algo difícil de explicar, algo que acabó llevando a la muerte y desaparición del pueblo, junto con el odio que la consumía; una extraña bruma que cubría siempre el monte, permanentemente. Los más viejos del lugar decían que entre sus sombras se habían perdido incontables personas.

Viajeros, andantes y vecinos que se habían adentrado demasiado en la bruma y nunca volvían. Recuerdo cómo mi padre me contaba que entre los vecinos del pueblo, había un grupo de gente, pequeño, casi aislado del resto, que despertaba el mal augurio en el resto de la comunidad por el oficio, ancestral, que se transmitía casi como una maldición de padres a hijos y que solo ellos estaban destinados a realizar; los candeleros.

Se llamaban así, para camuflar su verdadero trabajo. Se encargaban, cuando nadie más se atrevía a hacerlo, de adentrarse, con un pequeño candil a modo de lumbre, entre las brumas del monte, cuando a alguien se le echaba de menos durante un tiempo con la siniestra tarea de buscar y traer de vuelta su cuerpo, muerto, frío como la nieve que en invierno cubría las cumbres del monte.

El ritual que seguían llenaba de temor a los vecinos, que se santiguaban cuando veían a lo que ellos llamaban “la procesión de la muerte” salir por el camino hacia el monte en dirección a la bruma. Lentamente, la fila de hombres, fuertes para lidiar las inclemencias de un monte peligroso, se encaminaban al atardecer, monte adentro, en un escalofriante y sobrecogedor silencio que cortaba el aire, con sus luces, como si fueran la compañía final destinada a guiar a la persona a su próximo destino en el más allá.

Lo hacían así, por la tarde, para no hacerlo a plena luz del día y a la vista de todos, y sobre todo, para que la gente del pueblo no pudiera ver la cantidad de personas que, con el paso de los años, desaparecían entre las brumas. Ninguno decía, al volver, donde habían ido, qué habían visto y que traían entre las mantas de las mulas que llevaban a modo de remolque, pero siempre volvían callados, mirando al suelo, y con los ojos y la cabeza encogida.

Nadie se atrevía a mirar y a seguir ese ritual, salvo yo. Había sido un joven no muy consciente de las leyendas que circulaban por el pueblo, pero poco a poco, a medida que me hice adulto, entré en contacto con lo que para mí no eran más que historias, las

viejas historias de pueblo que los ancianos usaban para atemorizar a los más jóvenes y acaso, para pasar las largas jornadas del duro invierno serrano.

Al parecer, desde épocas ancestrales que se escapaban incluso del recuerdo de los más viejos, a nuestro monte se le conocía como “el triángulo de los suicidas”; una extensión que cubría varios pueblos de los alrededores y que tenía al Monte Catena, que daba nombre al pueblo, como el epicentro de todo. Lo llamaban así por la cantidad de gente que se adentraba entre sus brumas, para no salir jamás.

Cuando alcancé los 30 años, en mitad de una durísima posguerra que asolaba de hambre y temor a todo el país, me debatía en la duda de abandonar el lugar y empecé a barajar la posibilidad de marchar a la capital. Y cuanto más decidido estaba, llegó para mí una oportunidad que cambió mi vida para siempre. El guarda del monte había decidido marcharse del pueblo. Sin decir nada, sin dar motivos, sencillamente un día bajó de su vieja casa forestal de madera y abandonó el pueblo.

Los pocos, muy pocos, que hablaron con él decían que no podía más, que la niebla había podido con él y que el peso que sentía entre sus hombros y que apagaba cada día más su ánimo, le impedían seguir. Y yo, sin pensármelo demasiado, tomé su relevo.

Al principio la idea no me entusiasmaba demasiado, pero pensé que un trabajo de por vida, con hogar propio y en mi pueblo, no sería una mala idea. Cogí mis cosas y subí al monte, adentrándome entre las brumas. La primera noche en aquel viejo caserón de madera fue la más difícil. Debido al efecto de la bruma y el viento que azotaba al monte y a lo viejo y precario del material, aquel habitáculo sonaba y crujía como las mismas llamas del fuego. El fuerte y constante silbido del viento cubría con su eco todo el monte y se metían en cada rincón de aquella casa.

Aquella noche no pude conciliar el sueño y miré el haz de la luz del fuego que alumbraba la casa, intentando encontrar las respuestas, el motivo que me había llevado a ese destino, ahora incomprensible y extraño para mí, en mitad de esa nada eterna de brumas, de silencio.

Los primeros meses en aquel lugar inhóspito transcurrieron con normalidad, pero poco a poco empezaba a sentir algo, esa fuerza en los hombros de la que hablaban, como una sombra en mi interior que me acechaba, que me iba consumiendo.

Allí arriba no había nadie, estaba yo solo, con mis pensamientos y esa eterna bruma observando cada paso que daba y sin embargo, notaba como un millón de ojos observándome, persiguiendo cada paso que daba, adivinando todos mis pensamientos, y hasta podía notar un aliento helado que recorría mi cuello y se extendía por mis manos y mi cuerpo.

Muchas noches me despertaba como un resorte, atormentado por unos terribles sueños donde solo veía la oscuridad, un inmenso vacío y una sombra que me seguía, me miraba, me atrapaba en la oscuridad de ese monte y, poco a poco, empezaba a invadirme una sensación de locura y demencia, que me aterraba y me obsesionaba.

Empezaba a pensar en todas esas leyendas, en esa sensación terrible que los viejos describían. Pensaba y reflexionaba en los suicidas, en los muertos y desaparecidos sin nombre ni explicación, en si todo era real o mentira, fruto de la sugestión de un ambiente cargado de miedo que se había ido construyendo durante siglos en el pueblo, y que embriagaban la atmósfera del lugar.

Cada vez, mis visitas al pueblo se hacían más frecuentes, no quería estar más allí, con mis propios fantasmas, con una sensación que ahogaban mi pecho.

Cuando parecía que se calmaba, sin embargo, iba a más. La sensación aumentaba y empecé a ver sombras, figuras que desaparecían cuando las iba a mirar, pero que notaba, delante mía. Murmullos, susurros, alientos helados que cada vez notaba con más frecuencia a cada paso que daba. Eran como miles de almas que me acechaban, pero que no conseguía ver ni poner cuerpo, ni rostro.

Estaba enloqueciendo y quería escapar, salir de ese lugar. Dejarlo todo y marcharme, pero no podía. Una extraña sensación hacía que me abandonaran las fuerzas cada vez si quiera que lo pensaba. Era un sentimiento extraño y necesitaba una explicación, alguien que calmara mis dudas y mis nervios.

Uno de esos días, en que más duro me golpeaba el miedo, no dudé en bajar del monte para hablar con los viejos del lugar, muchos de los cuales habían conocido a los guardias que, como yo y tantos otros antes, había experimentado la misma sensación de desasosiego que ahora invadía mi cuerpo.

Me explicaban, nuevamente, palabras y argumentos que yo no entendía, o no quería entender. Me volvían a hablar de las viejas leyendas, de las ánimas del bosque que se habían quedado encerradas para siempre y que utilizaban la bruma para atraer a nuevos moradores que quedaran allí, atrapados, para siempre.

Y me explicaron mi maldición, la del guardia que, viniendo del mundo de los vivos, debía estar para siempre encerrado en el bosque, vigilando que nadie más entrara, y que era el motivo por el cual yo sentía esa dolorosa necesidad de volver al bosque, a sentirme atrapado por sus brazos, a la casa que se había convertido, de pronto en mi celda y mi castigo.

Pero me convencía a mí mismo de que, realmente, nada me movía a abandonar el que, al fin y al cabo, era un trabajo seguro. Todo lo que veía eran sensaciones, sombras y mi mente engañada y sugestionada por años de historias.

Hasta una noche de verano. Una noche callada, calmada y quieta, como lo eran en el lugar. No soplaba ni una brizna de aire aquel día, y ni los pocos pájaros que moraban el lugar se atrevían a cantar. Era como una calma que precedía a la tormenta que se iba a desatar. Era de madrugada y, como tantas otras noches, el desvelo de mis pensamientos turbaba mi mente y me impedía el sueño.

Siempre tenía una hoguera eternamente encendida en el centro de mi hogar para alumbrar aquel sitio lúgubre y oscuro. Miraba, nuevamente, los destellos del fuego, de la madera consumiéndose y oí un crujido.

Un crujido que, sin embargo, se diferenciaba de los que producía la leña ardiendo en la hoguera. Era seco, hueco, y continuado, no se consumía y no tenía fin. Era como un eco que no procedía del interior de la cabaña. Algo normal, pensaba, habida cuenta del aire que a esas horas siempre mecía alguna rama.

El crujido, sin embargo, se fue haciendo cada vez más duro, intenso, y ahora rasgaba, arañaba como por efecto de una pezuña, por fuera, las paredes de la casa. Era como un chillido que se clavaba en mi cabeza, y que me hizo saltar, sobresaltado, de un brinco en mitad de la estancia.

El sonido se movía como dirigido, ahora, por todos lados; las paredes, el techo, el suelo, todo se había convertido en un inmenso grito, acompañado de golpes y empujones, como mil manos y brazos golpeando al mismo tiempo y sin cesar aquel sitio. Cogí, de inmediato, el hierro que usaba para avivar el fuego y empecé a mirar, con el corazón en la boca, las ventanas y la puerta que había cerrado casi por instinto antes de ir a dormir, y que ahora temblaban sin cesar.

Miré el gozne de la puerta y ésta giraba, dando vueltas, como desencajado. Como si una mano intentara desesperadamente abrirlo, y el ruido de un puño empezó a llamar, a golpear a la puerta, hasta casi derribarla. En aquel momento me fallaron las piernas y caí al suelo, en medio del sudor y la taquicardia que me habían hecho perder el sentido y el poco aliento que me quedaba en el cuerpo hasta que, por fin, cesaron los gritos, los golpes, y un silencio aterrador invadió todo el monte.

Me tomé mi tiempo, no sé cuánto pasó hasta que pude volver a respirar con normalidad. Fui, gateando, pues aun no confiaba en la solidez de mis piernas, hasta la puerta y apoyado en el hierro de la hoguera pude, lentamente, levantarme. Cogí la escopeta de caza que tenía apoyada en la puerta y armado con ambas, me llené de valor.

Abrí, de golpe, la puerta, haciendo un equilibrio imposible entre el hierro, la escopeta cargada al hombro y el candil que usaba para alumbrar la oscuridad de la noche.

No había nadie. Miré a todos lados, buscando una explicación, la broma de algún muchacho del pueblo, la desesperación de alguna víctima del bosque arrepentida antes de consumir su destino e incluso en uno de los candeleros enloquecido por el lugar. Nadie, la inmensa nada, que ahora me asustaba aún más porque me impedía encontrar una explicación a lo que acababa de experimentar.

No estaba dormido, y los ruidos eran reales. Tan reales como la madera desvencijada y hundida de las paredes y la puerta que ahora contemplaba a la luz de la vela y que me confirmaban que mis oídos no me habían engañado.

Nuevamente di algunos pasos alrededor, buscando una explicación. A las astillas de la madera que habían saltado del exterior de la casa fruto de los golpes, acompañaba ahora el rastro de unas huellas, pisadas, que alumbraba y que veía claramente con mi lucerna, y que rodeaban toda la casa, perdiéndose entre uno de los muchos senderos que se internaban en el bosque.

Seguí el camino, con el pulso tembloroso, las piernas flaqueando y respirando a mil por hora. Solo una luna de fuego que me helaba la sangre y mi vela, iluminaban el camino que se iba estrechando, cada vez más, y que recorría con pasos inseguros. Y de pronto, al final de aquel camino, en lo más profundo del bosque, y escapando casi el límite que alcanzaba la luz, se empezó a distinguir una sombra, una figura.

Como las que tantas veces había soñado en mis pesadillas y que ahora era tan viva como la cera de la vela que, resbalando por el candil, quemaba mis manos sin que pudiera sentir ya nada.

Estaba paralizado por el terror de aquella visión. Era una figura totalmente oscura, alta, inmensa, casi el doble que yo, y estaba quieta. Parada en mitad de un bosque totalmente apagado, mirando de frente y con los brazos extendidos, en cruz. No podía distinguir nada de ella, ni su ropa, ni su aspecto, era solo una sombra, y sin embargo, notaba sus ojos oscuros clavados en mí.

La sombra no se movía, ni yo. Estábamos parados, cada uno en un extremo del sendero, sin saber qué hacer, como desafiándonos. Hasta que, de pronto, noté un océano de ojos alrededor, por todos lados, que se clavaban en mí. Me empujaban a acercarme a aquella figura, a la que temía como si fuera el mismísimo infierno.

Me fui acercando, lentamente, y arrojé el candil de mis manos. Ahora, solamente la luna me separaba de aquella figura, que seguía inmóvil, como esperándome, hasta que la tuve a un palmo de mi cara. Podía notar mi aliento revotando en ella y sin embargo, seguía siendo una sombra, sin rostro, sin forma, sin manos, una figura quieta y callada cuyos ojos invisibles se clavaban en lo más profundo de mi alma.

De golpe, la sombra bajó sus brazos, y los extendió por mi cuerpo, envolviéndome en su oscuridad, y mi corazón se paralizó.

Al instante, la oscuridad, a mi alrededor. Ya no había bosque, ni sombra, ni yo. Tan solo un enorme pozo oscuro, donde golpeaba el eco de una gota de agua sonando, como una cámara oscura donde estaba encerrado y de la que no podía ver nada. Una visión que duró unos minutos hasta despertar, tumbado, en la puerta de la casa.

Desperté asustado por todo cuando estaba pasando. Miré a mi alrededor y no había nada, ni nadie. La sombra, los gritos...todo volvía a estar en silencio y en calma. Pensaba incluso en un sueño, en otra de las constantes pesadillas que me torturaban.

Abrí la puerta, de un manotazo, solamente para volver a consumirme en el terror. Allí estaba mi cuerpo, tumbado, en silencio, con el hierro en la mano, y con los ojos y la

boca abiertos, exhalando el último suspiro, el último grito de terror que me había consumido en la soledad. Mi corazón se había parado por el terror de la escena y yo no entendía quién o qué era ahora. Era la visión de mí mismo vencido por la muerte.

No comprendía nada, y no estaba seguro ni de estar vivo o muerto, hasta entender el mensaje que el bosque me había enviado. El mensaje de salir, de huir de allí cuanto antes para no acabar como esa espantosa visión que se alzaba delante de mis ojos, para no volver a ser otra alma más encerrada en la bruma del monte. Y es que, por alguna razón, no estaba destinado a morir encerrado entre la noche.

Se hizo de nuevo la oscuridad. La puerta se cerró para siempre, para no volver a ser abierta nunca más y, nuevamente, la bruma calló por la ladera del monte. Del monte que, con el paso de los años, acabarían consumiendo en la sombra y la oscuridad a Catena.

Un paraíso maldito, marcado por la muerte, la sangre y el dolor.